

norma propuesta por la gramática es no sólo ideal sino ilusoria!" Evidentemente, no. Aunque el lenguaje, como producto psicológico, sea en lo esencial un fenómeno tordadizo y sujeto a variación constante — inestabilidad y mudanza, "actividad" y no "obra", según la fórmula humboldtiana — en él no hay sólo evolución, sino también persistencia. Dentro de la anarquía determinada por la ignorancia léxica y el desconocimiento sintáctico, o por la exteriorización inmediata de los afectos, o por las reflexivas innovaciones literarias, actúa siempre, con mayor o menor fuerza, una tendencia resueltamente contraria: la que lleva a superar, a contrarrestar, cuando menos, aquel conato expresivo — intento de traducir la particular visión del mundo — con el proceso de la mera inteligibilidad, con la simple manifestación pragmática de las nociones admitidas. A las rebeliones con frecuencia plausibles de la expresión individual y artística, tanto como al confusio-nismo reprochable de las gentes incultas, se opone así, también con más o menos intensidad, el ritualismo idiomático, la norma colectiva. "Para el que habla — opina a este respecto Henríquez Ureña —, la lengua es un sistema fijo, estricto: el medio social que lo rodea lo impone y cada hombre habla según su medio. Cuando la sociedad se desarrolla en poder y en cultura, la lengua de las clases dominantes se difunde, se multiplica, se convierte en motivo de atención pública; la escritura ayuda a fijarla. Por fin se escriben gramáticas que ayuden a fijar las normas que se consideran "mejores" y la enseñanza del Estado las impone: se hace de la lengua culta una cuestión oficial". (Págs. 15-16).

Es, pues, de esperar, para fecha próxima, y en el deseo de que tales preocupaciones se acentúen entre nosotros, la cabal realización de este compendio filológico, tan certeramente esbozado por el profesor Henríquez Ureña. Los servicios que un manual de esa índole pueda ofrecer a los estudiosos hispanoparlantes equivaldrán, sin duda, a los que en países tradicionalmente apegados a estas disciplinas dispensan, entre otros, la *Einführung in das Sprachstudium*, de Delbrück, el *Schuchardt-Brevier*, extractado por Leo Spitzer, la *Romanische Sprachwissenschaft*, de Zauner, o — en plano más modesto, aunque no menos útil — el *Vademecum für Studierende der romanische Philologie* de Karl von Ettmayer.

ANGEL J. BATTISTESSA.

—DE LO HISTÓRICO A LO NOVELESCO

Manuel Gálvez debe haber leído seguramente este párrafo de Anatole France, que encierra algo más que una ironía: "... es posible que precisamente su conocimiento de los libros lo contuviera, ante el temor de aumentar con unas cuantas hojas el montón informe de papel ennegrecido que se pudre obscuramente en las librerías. Nosotros compartimos sus escrúpulos al pasar por los muelles, ante los puestos de "a diez céntimos el tomo", donde el sol y la lluvia devoran páginas escritas para la inmortalidad". Hombre optimista y creyente, el escritor argentino no llegó, sin embargo, a compartir los escrúpulos del fino escéptico que, por otra parte,

"después de no creer en nadie, acabó por tener fe en sí mismo"; si nos atenemos a las varias decenas de volúmenes que escribió.

Quien conozca los tres libros que forman la llamada "Trilogía" de Gálvez, no puede menos que pensar en lo acertado que estaba France al hacer aquellas reflexiones; de haberlas tenido en cuenta, el escritor argentino hubiera dejado, sin duda alguna, en el fondo del arca las cuartillas voluminosas en que escribió las mil páginas de las *Escenas de la guerra del Paraguay*.

Hasta la fecha, Gálvez ha producido un número considerable de obras en las que ha intentado todos los derroteros de las letras: Poesía, Crítica e Ideología, Sociología, Novela, Teatro y Antología (1). Es un trabajador incansable, de gran voluntad, de extraordinaria resistencia.

Su producción abundante no le ha llevado, sin embargo, a ser en ningún momento, pese a la gran buena voluntad de los críticos de ciertos grandes diarios porteños, el autor de moda. Artísticamente sus triunfos han sido modestos, aunque no le ha faltado, más de una vez, el éxito de librería: una sabia propaganda y la amabilidad de la crítica han hecho el milagro de que algunas de sus obras llegaran al vigésimo millar. Su laboriosidad, como en los cuentos infantiles, ha tenido recompensa. Su tenacidad nos recuerda la de aquellos atletas que, no pudiendo triunfar en las pruebas de la velocidad, se convierten en marathónistas. Unos ganan fama y dinero corriendo cien metros, otros recorriendo cuarenta kilómetros.

Gálvez ha dicho en diversas oportunidades que las tres novelas sobre la guerra del Paraguay son su obra preferida: cierta vez declaró a un periodista, no recordamos a quién, que pasó diez años documentándose para escribir los tres volúmenes; que consultó todas las obras escritas sobre aquella tragedia; que leyó todos los periódicos de la época; que hurgueó en archivos y bibliotecas; en fin, que consagró todo el tiempo necesario para esta clase de trabajos.

Como no es nuestro propósito analizar toda la obra de tan fecundo escritor, nos dedicaremos a un rápido examen de su "Trilogía" (2).

Las tres novelas tienen carácter histórico: toda la trama está tejida sobre la historia de la guerra, cuyos episodios, aun los más menudos, nos relata Gálvez, poniendo aquí y allá una escena heroica, otra sentimental y sensiblera, otra de burdo naturalismo. Las tres novelas, que forman en realidad una sola, muestran un aspecto uniforme, pueril. A veces dijéranse lecturas dedicadas a fomentar el amor patrio entre los niños de las escuelas primarias; tiene Gálvez singular predilección por los niños héroes, de quienes nos relata, con infantil credulidad, las gestas.

Carecen las novelas de argumento central, y aunque el autor trata de dar alguna conexión a las diversas partes de la obra y a la acción de los personajes, sólo consigue relatarlos episodios aislados: narrarnos la historia de la guerra a su manera. La prosa es trivial y la trama incoherente: los personajes ficticios, ingenuos y parleros, no convencen: siempre evidencian

(1) Esta clasificación aparece en los libros del propio Gálvez.

(2) I, *Los caminos de la muerte*; II, *Humaitá*; III, *Jornadas de agonía*. Editorial "La Facultad". 2ª ed., 1929.

que han sido elegidos con el determinado propósito de narrar un episodio de los conocidos por el autor al "documentarse". Su originalidad no llega más allá.

Si su imaginación es dudosa, tampoco muestra dotes de historiador y, menos, de psicólogo. Si durante diez años estuvo madurando su obra, debió leer mucho, debió enterarse de todos los pormenores de aquel triste acontecimiento. Era lógico esperar de él, en consecuencia, una obra actual, una interpretación nueva, hecha al través de un temperamento artístico, de aquel drama cruel y lamentable. Nada de eso ocurre: Gálvez ha buceado en el pasado; pero, en vez de traer los documentos a flote para leerlos a la luz del siglo XX, quedóse en la oscuridad del pretérito y sólo ha escrito tres novelas como pudo componerlas el más endeble autor de hace sesenta años.

En los *Caminos de la muerte* comienza describiéndonos el Buenos Aires patriarcal de 1865. Reina una paz octaviana, los porteños se ilustran, se enriquecen, progresan, viven en el mejor de los mundos. Pero he aquí que viene una nube a oscurecer el horizonte: en el Paraguay existe un tirano, y un tirano que amenaza turbar la tranquilidad y armonía que reina entre las naciones del Río de la Plata. Hombre orgulloso y violento, inmoral y cruel, gobierna despóticamente, es dueño de vidas y haciendas en su patria, y se ha permitido, además, enfrentar a un monarca sabio, demócrata, magnánimo y justo como el emperador del Brasil, en cuyas tierras viven, en edénica armonía y con sencillez adamítica, diez millones de negros esclavos.

Es cierto que el ilustre emperador tiene una pequeña contienda con un país hermano, el Uruguay, y que, ante las insolencias de éste, se ha visto obligado a invadir su territorio, tomar sus naves, pasar a cuchillo a los habitantes de una de sus ciudades: minucias que no podían alterar la amistad sincera que unía a los porteños con el monarca brasileño.

Gálvez deja sentado que los porteños vivían sin preocupaciones en el ambiente sereno de la gran aldea: la juventud hacía versos candorosos y las niñas deshojaban margaritas detrás de las ventanas enrejadas.

Y viene la guerra, la invasión del bárbaro del norte.

No vamos a seguir al autor a través de la parte histórica de la obra: baste decir que repite todo lo que han escrito en la época los hombres que han participado en la contienda, en una u otra forma, y que mal podían ser imparciales, serenos ni justos. Diríamos que con criterio simplista desdeñó el análisis de los acontecimientos: leyó que la guerra había sido originada por el "tirano" López y eso le pareció bien e inobjetable porque estaba de acuerdo, seguramente, con lo que había aprendido en su niñez estudiando la historia patria.

El destino trajo la guerra, de ingrata recordación, cegando a los hombres que pudieron evitarla: cuando después, percatados del error, quisieron justificarla, fué en vano. Recordemos: viviase en la Argentina en pleno romanticismo político: la clase gobernante estaba constituida por tri-

bunos declamadores y grandilocuentes, demócratas teóricamente sinceros, soñadores y utópicos, patriotas ardientes que vislumbraban una gran república del Sur, mezcla extraña de la Grecia de Demóstenes, de la Roma de Cicerón y de la Francia de los Girondinos de Lamartine. Los militares eran literatos y poetas y todo el ambiente social estaba impregnado de cultura romántica. Su republicanismo no les impedía tener simpatías por los imperios, y Francia que, con Napoleón III en la cumbre de su poderío, monopolizaba la atención del mundo, era el foco deslumbrador de la civilización que absorbía las simpatías de los porteños.

La corriente cultural que recibían éstos era la que manaba de los círculos intelectuales de la burguesía liberal de Europa, que estaba empuñada desde varios lustros en la lucha por las conquistas democráticas y especialmente, por la libertad de Italia. Guerrear en contra de las tiranías, libertar pueblos de sus opresores, era la aspiración de la juventud intelectual de entonces: algunos años antes Napoleón III, con rasgo generoso, había hecho la guerra al imperio austriaco en apoyo del pequeño reino Sardo, librando la Lombardía del yugo extranjero y abriendo paso a la emancipación total de la península. Garibaldi, con aureola legendaria, era proclamado héroe de los dos mundos; Mazzini y Kossuth luchaban mancomunados por la libertad de Italia, de Hungría, de todos los pueblos oprimidos, preconizando la instauración de repúblicas idealistas. Y si bien habían transcurrido muchos años desde que Byron muriera luchando por la libertad de Grecia, existían aún en Francia poetas que soñaban con expediciones en contra de sultanes y bajáes usurpadores de tierras clásicas.

Los diarios porteños, dentro de sus medios precarios, publicaban extensas noticias sobre aquellos acontecimientos y hallaban entre sus lectores ambiente propicio, pues el recuerdo de la tiranía de Rosas estaba vivo todavía en aquella generación.

Los porteños que, por naturaleza refinados y aristócratas, estaban también al día en lo referente a modas y costumbres francesas, o más bien parisinas, sentían singular atractivo por la corte del Segundo Imperio. Cuando se vieron en el trance de optar entre la amistad del emperador Don Pedro II o la de Francisco Solano López, no titubearon en la elección. López para ellos era algo así como un nuevo rico grosero y prepotente. Sus intervenciones en los asuntos del Plata les eran odiosas, la exhibición de sus riquezas, de sus vapores, de sus ferrocarriles, de sus arsenales, de sus ejércitos, les resultaba insoportable. La corte carioca, con sus diplomáticos astutos, con la pompa de sus barones, marqueses, mariscales y almirantes, conquistó fácilmente la plaza: cuando López quiso intervenir en contra del Brasil en el asunto del Uruguay, les pareció una bravata inconcebible, puesto que tenían por su ejército "en patas" (porque iban descalzos) el mayor menosprecio.

No había simpatías por el Paraguay y menos para su gobernante: poco costó forjar la leyenda de sus sueños imperiales, así como la de su ominosa opresión. La juventud porteña creyó sinceramente librar en tres meses al pueblo paraguayo de un dictador execrable; suponía tal vez que se trataba de un paseo militar como el que en Caseros dió término a la

tiranía de Rosas. Al decir Mitre: "Dentro de veinticuatro horas estaremos en los cuarteles, dentro de quince días en campaña y a los tres meses en la Asunción, capital del Paraguay", no incurría en vana jactancia: expresaba una convicción.

Pero Gálvez con parcialidad que no le está permitida ni al historiador ni al novelista, olvida la realidad de los hechos: recoge las versiones antojadizas, denigrantes o despectivas que entonces, según ocurre en todas las guerras, los adversarios se prodigaban mutuamente: tiene especial cuidado en que la causa de su preferencia sea defendida por los personajes nobles, cultos, humanitarios y patriotas, en tanto que la causa contraria queda a cargo de los villanos, ignorantes y traidores.

López es tratado con saña sin igual. Madama Lynch, el personaje que debió inspirarle las páginas más sugestivas, es para Gálvez el tipo de la "loreta" parisiense, insaciable y ambiciosa. Aquella joven irlandesa, que vivía en París separada del marido, un médico francés de la clase media (1853), se enamora románticamente del entonces apuesto general sudamericano a quien Napoleón III en una maniobra brindara el comando de sus tropas; le sigue hasta el Paraguay, lejano, desconocido; se dedica por entero al hombre amado, a su patria adoptiva y a los hijos que tiene de su compañero: pasa las vicisitudes de la guerra, y solamente se acuerda de sí misma cuando en Cerro Corá ha caído López y cuando su hijo de diez y seis años ha sido muerto a lanzadas. Entonces, sobre el cadáver de éste, se yergue y exclama: "¡No me toquen, soy inglesa!" Grito de un trágico despertar, al fin de un largo sueño vivido en las selvas de América. La inseparable compañera de López ha sido tratada por Gálvez con el espíritu de una mojigata, no con la ideología propia de un hombre de letras de nuestros días.

El novelista, con sus prejuicios, ha pasado así sin sospechar la parte más interesante, más emotiva de los personajes de aquel drama. Quedan éstos a la espera del autor que sepa comprenderlos y evocarlos. Que sepa presentarlos con arte, con verdad y con pasión, pero sin odio.

SYLVIA M. ARGÜELLO DE GAUDINÓ.

—VASANTI: LA PEQUEÑA BELLEZA

Vasanti es eso: la pequeña belleza que hace amable la vida.

La pequeña belleza incomprendida y menospreciada por los espíritus vulgares, porque es inaccesible para ellos.

Brotó al calor de un corazón de artista, casi inadvertida a la sombra de sus grandes ensueños místicos.

Es el jazmín que cae en la noche sobre la frente del poeta, abstraído en la contemplación de los astros y en la meditación de los graves problemas. Es el jazmín que le distrae y le turba, astro en pequeño, frágil pero concreto, leve pero material. Es eso: la materialidad casi inmaterial de la pequeña belleza.